

## METAMORFOSIS DE LA CASA

La casa, o tener una casa, ha sido un ideal hasta para el más andariego de los humanos: la casa como guarida, como lugar donde escampar y resguardarse de la intemperie y el peligro. *Cien años de soledad* se iba a llamar "La casa".

*La patria*. "Esta casa de espesas paredes coloniales/ y un patio de azaleas muy decimonónico/ hace siglos que se viene abajo", como dijo en una alegoría la poeta María Mercedes Carranza para desmitificar el chauvinismo que nombra a "la patria" como una casa protectora. Y no, no hay tal protección de acuerdo con esta alegoría de Carranza. La casa, se ha metamorfoseado toda vez que dejó de ser metáfora para convertirse en una literalidad diversa.

La casa ha mutado en tiempos de la primera pandemia del siglo XXI. Debo decir que ha derivado en un cielo configurado como el sitio de bienestar. Aunque también es hoy un mundo donde ocurre el purgatorio, el infierno y quién sabe cuántas estancias más no configuradas por la mente humana. Es cielo para aquellos que poseen una, porque ante el desamparo y la incertidumbre, tener donde encerrarse para que el virus letal no lo alcance, la casa se asoma como una suerte de versión particular del cielo. Pero los días en su interior pasan turbios y tediosos y lo más cercano a vivir plácida y felizmente dentro de ella es el verbo esperar, nada pasa (o todo pasa) y es *laaarga* la estancia como un limbo que no conduce sino al estatismo. Entonces deriva en infierno y florecen las migrañas, el dolor en los huesos, la imaginación cede a la información que brinda la ventana y el silencio pesa tanto como el hambre y la ausencia (o abundancia) de comida y saca la infamia atascada que surge como vómito desbocado entre los miembros de la casa. Y florece el color púrpura y violeta en el rostro de la víctima.

Me dirán, ya era así la casa. Es cierto, tal vez. Pero ahora el purgatorio y el infierno se han exacerbado y, aunque tal vez proteja del virus, no protege de la letal violencia que espera solo un descuido de los vivientes para contaminar y matar.

Pero la casa en estos tiempos también es una entidad que ha crecido como una flor de pétalos de distintos colores. Ya no es solo el lugar de paso o de abrigo. Es el mundo. Un mundo hecho a la medida de sus moradores. Para quienes, como yo, tenemos la oportunidad de hacer un trabajo a través de un computador, entendemos que es un teatro en el que a diario se escenifican distintas representaciones: hay un papel que encarnar, una escenografía que acondicionar, un vestuario, unos efectos de sonido y un parlamento. A veces represento a la profesora que habla tales incoherencias, como sostener que, mientras el mundo se desmorona, debemos persistir leyendo libros y escribiendo con imaginación y desconfianza hacia la verdad absoluta. Entonces hay un detrás de bambalinas que se debe cuidar para que no se cuelen efectos de sonido discordantes (una licuadora preparando un jugo, el ladrido de mi perro Mayer, la celebración de un gol ahora que volvió el fútbol). Toda la casa es un salón de clase y el discurso que emito lo escuchan no solo mis estudiantes, sino que debo actuar para los miembros de mi familia que se pasean

y me miran asombrados 54 55 por lo que soy o no soy capaz de transmitir a aquellos que, más allá de la pantalla, simulan atenderme.

A veces la casa es un gimnasio. Y es mi cuerpo el que habla adolorido al estirarse e intentar seguir a las entrenadoras formidables que me venden la ilusión de cuerpo sano en mente sana. Invade la casa el ritmo discotequero que exprime el sudor de mi cuerpo y el piso se tapiza de colchonetas para que mi columna no desfallezca.

Cuando (como en estos días) empiezan a morir las amigas, la casa se convierte en un templo católico. La misa se transmite por FB Live y aunque no son estos rituales muy cercanos a mis querencias, el dolor de la partida y la infamia de no estar ahí, me hacen llorar con la sola alusión del nombre de la ausente por parte del sacerdote que oficia fervoroso aquel ritual mortuario y que entrega el cuerpo de Cristo con el rostro casi cubierto por lo que parece ser el pasamontaña de un bandido. Y me veo, devota, ensimismada, respetuosa de lo sublime de aquella representación, a pesar de lo grotesco de la lejanía entre los dolientes. Y mis ojos lloran como en el cine.

La escenificación a escala del acto de ver cine ocurre todos los días. La casa convertida en sala de cine que ofrece la magia de la pantalla agigantada, ahora minimizada en la que se pierde el poder argumental y estético de la banda sonora y de imágenes que sean un solaz para los ojos. La casa convertida en cine es una pieza teatral cuyo tema es la derrota de la más maravillosa de las artes del siglo XX y erige como su verdugo a la pandemia que así lo instituyó.

Pero como en la vida desequilibrada de hoy, la casa en pandemia llega a transformarse en todos los escenarios. Existe cierto instante del día en que es un teatro con función múltiple, en el que se presentan todas las obras en simultánea. Y surge el caos, porque no son las casas de la mayoría de colombianos espacios fundados para que ocurran sin lesiones todas las representaciones al tiempo. Y he aquí que la casa sufre una metamorfosis: es el teatro en el que la confluencia de tantas obras representadas produce espectadores (que son también víctimas de su representación) no de papel, ni de ficción, sino espectadores-víctimas que la deconstruyen y la erigen como otra gran obra, la obra de teatro donde el caos interno puede destruirlo todo, aún sin la llegada del virus.

**Beatriz Vanegas Athías**  
Editora

**NOTÍCULA:** La presente edición recoge en un solo volumen (el 10) los números 1 y 2, debido a la contingencia académica vivida este año por causa del COVID-19. En el año 2021 volveremos a nuestras dos ediciones semestrales.